



# MUERTOS INCOMODOS

(falta lo que falta)

NOVELA A CUATRO MANOS

por

SUBCOMANDANTE MARCOS Y PACO IGNACIO TAIBO II

## CAPÍTULO VIII

### “UNA NOCHE CON MORALES”

**D**EL ENCUENTRO con el investigador zapatista Elías Contreras, tres cosas se habrían de quedar en la memoria de Héctor Belascoarán Shayne: El súper desmadriente caos de aquel Monumento a una Revolución perdida controlado por Reyes Magos y fritangas, la cara del enviado Contreras cuando mencionó la virtud comparada de Pancho Villa y Emiliano Zapata y “los expedientes Morales” que los zapatistas le habían hecho llegar. Las tres cosas juntas se quedaron en su alma.

El Monumento a la Revolución de la ciudad de México nació como un monstruo para mayor gloria del poder pofiriano, la revolución de 1910 lo dejó a medias y así se quedó hasta el inicio de los años 30, cuando fue reciclado para ser un grandilocuente monumento a la fenecida lucha armada. En los pies de sus columnas se encuentran los restos de Venustiano Carranza, Plutarco Elías Calles, Lázaro Cárdenas y supuestamente los de Pancho Villa, personajes que frecuentemente se encontraron en campos opuestos y que sólo la magia pragmática del PRI, con la cual la historia se volvía material de uso y legitimación de su poder, podía reunir en un mismo suelo.

Habría que recordar que Villa combatió a Carranza, que Calles participó en el asesinato de ambos y que Cárdenas ordenó la expulsión de México de Calles. Aún así, todos juntitos. Los habitantes del DF atribuyen a estos entierros incómodos el exceso de temblores que sacuden la ciudad con excesiva y maligna frecuencia.

Esta vez estaba poseído por carruseles, caballitos, taquerías, juegos de bolitas, carreras de caballos de metal, puestos de artesanía y centenares de Reyes Magos, con tenderete y fotógrafo, la única forma de monarquía asumida popularmente por el México republicano. Y esas horas de la noche, cumbias, norteña-zo balín y el chuchuca del tropical más pinchirriente, y a todo volumen, en medio del olor de las manzanas con caramelo y los algodones de azúcar.

El centro del monumento no estaba invadido por la fiesta de Día de Reyes y en la sombras Belascoarán avanzó hacia el personaje con sombrero gris que estaba al pie del mausoleo de Pancho Villa y con el que, curiosamente, habría de identificarse con un formal intercambio de tarjetas.

—¿Usted sabe que ahí donde dicen que está Pancho Villa no está Pancho Villa? —preguntó Belascoarán señalando la muy oficial tumba.

—¿Y a quién pusieron en lugar del susodicho? —repreguntó Elías Contreras.

—Verá, está medio complicado, pero está divertido. En noviembre de 1976 al presidente Echeverría se le ocurrió ponerse una pluma más en su sombrero y ordenó que se trajeran los restos de Villa de Parral para enterrarlos con honores militares en esta pata del monumento. Pero resulta que ya en 1926 habían violado la tumba de Villa para robarle la cabeza, que nunca apareció y una de las viudas...

—¿Tenía más de una?

—Oficiales, tres, pero reales como 25... Pues una de las viudas, para que no fueran a seguirle robando cachos a los restos de mi general, lo había sacado de la tumba y lo había movido ciento veinte metros más para allá en el mismo cementerio de Parral, y fue unos años después que una señora que se iba a curar a Estados Unidos de cáncer murió en Parral y aprovecharon para enterrarla en la vieja tumba de Villa. Por

Juan Gabriel



eso, cuando abrieron la fosa en el 76, con un antropólogo presente, alguien le hizo la observación al ejército de que ese muerto tenía cabeza, y curva de pelvis femenina, pero los encargados lo mandaron al diablo, ellos tenían misión y a la chingada; si Villa tenía cabeza o no, y pelvis de mujer, valía madres. Y con honores militares, en un armón descubierto con alumnos del Colegio Militar en uniforme de gala, se lo trajeron para acá y aquí enterraron a la ñora y todos los años le hacen honores y le suenan la trompeta y el clarín. Que bien merecido lo tiene la señora por andarse yendo a morir a Parral.

-¿Y Villa?

-No, pues Villa se les escapó de nuevo.

El sorprendente personaje, con un sombrero antediluviano arriba del pelo parado, se le quedó viendo a Belascoarán fijamente.

-¿Usted seguro ha de pensar que Emiliano Zapata era mucho más chingón que Pancho Villa? -preguntó Belascoarán para darle una medida de aceite al compañero zapatista.

Elías Contreras no sólo lo pensaba, sino que no entendía como alguien inteligente podía tener alguna duda. Miró a Belascoarán preguntándose que clase de nauyaca lo había picado quitándole el seso.

Para impedir que le dijera que Villa era muchísimo mejor que Zapata, lo que daría por muerta la relación, porque el sup le había dicho que si el Belascoarán estaba medio pendejón, lo dejara tirado, Contreras le tendió el sobre.

Héctor tomó el paquete y vio en la carátula escrito en mayúsculas: "Morales". Eran varios folders, una serie de expedientes sobre un "tal Morales". La sorpresa casi lo paraliza. No sabía si reírse o volverse budista. ¿A poco Juancho el Bin Laden iba a ser real? ¿Estaban también los zapatistas tras las huellas de "Morales"? ¿Cree usted en las coincidencias? "Es en lo único que no creo". ¿Cree usted en la casualidad? "Nomás cuando no existe".

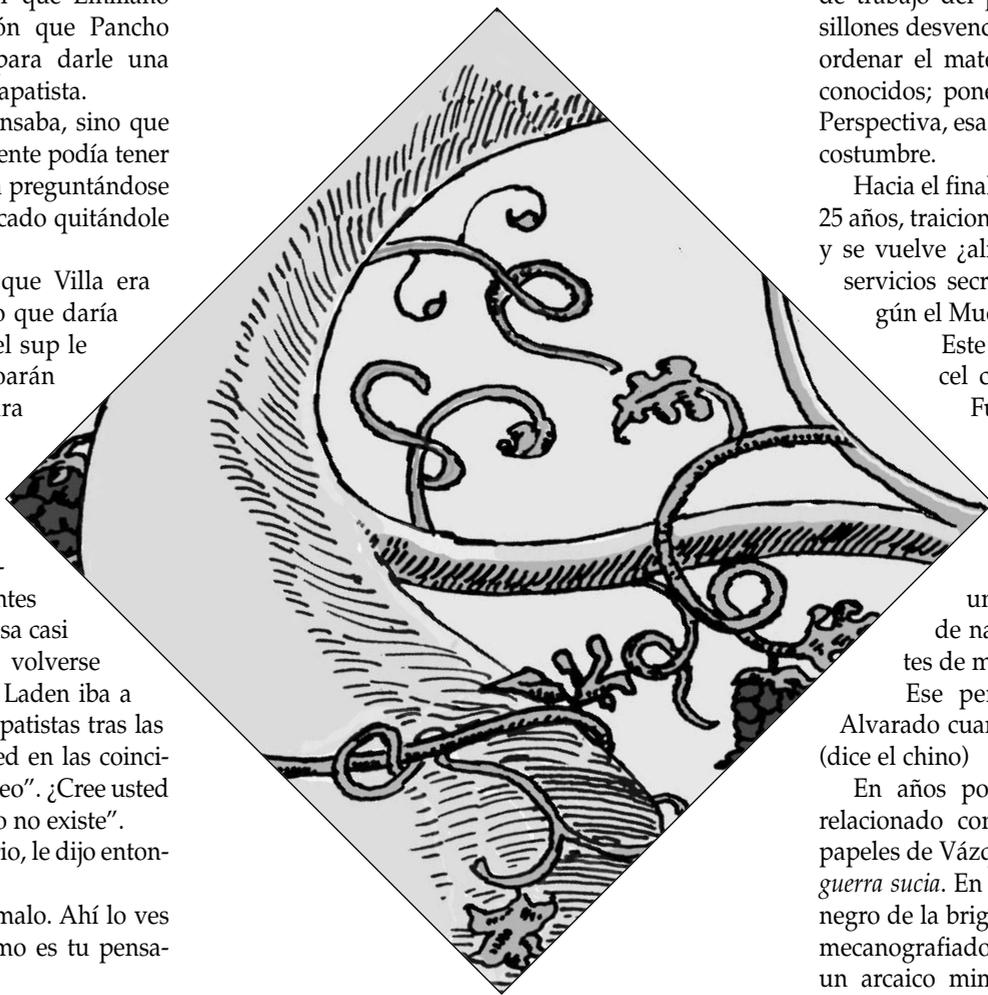
El zapatista Conteras, muy serio, le dijo entonces:

-Ando buscando al mal y al malo. Ahí lo ves si también le entras o según como es tu pensamiento.

-Le entro -dijo Belascoarán sin dudar.

Héctor Belascoarán no creía en los complots, había vivido en demasiados de ellos para acabar de creérselos. Era un mexicano sujeto a la definición mexicana de paranoico: "un ciudadano con sentido común que dice que lo andan persiguiendo unos tipos que realmente lo andan persiguiendo". Tampoco tenía una versión simplista del asunto. Su hermano Carlos, el militante eterno de la familia, decía que, paradójicamente, el marciano Héctor era un marxista existencial, de esos que piensan que el ser social acomoda la conciencia; que Alí Babá de tanto andar con los 40 ladrones de rola se había vuelto uno de ellos y priísta. Héctor pensaba en que a fuerza de ser silla termina gustándote que te pongan el culo encima. Tampoco creía en la maldad natural de los gobernantes. Pensaba que a fuerza de serlo terminas siendo un hijo de la chingada, y que la estancia en el poder crea la obsesión por la perpetuación del poder, y cuando el poder político se acaba, queda el poder del dinero y esa es la otra forma del poder, y que por eso había tantos cajones abiertos donde meter la mano, tantos abusos, y que para mantener en pie el país que les gustaba, los gobernantes de

México de los años recientes habían establecido una especie de ley suprema de la nación que nunca se hizo pública, que estaba escondida en el supremo clóset del supremo jefe, y que decía cosas como "El único principio de subsistencia es el principio de autoridad" y "Una vez que tu moral se fue por el desagüe, lo mejor es ser rata" y "La revolución nos hará justicia" y "Uca, uca, el que se lo encuentre se lo emborruca", y "Este es el año de Hidalgo, chingue su madre el que deje algo" y "Usted me rasca la espalda a mí y yo se la rasco a usted". Héctor creía que México había sido en los años anteriores un país esencialmente injusto, dominado por el abuso del poder, la arbitrariedad, la violencia contra los desamparados, y últimamente por la mediocridad, la mochería, la maldad y el mal gusto.



Pero cuando leyó por encima el "expediente Morales" estuvo a punto de que la boca no se le acabara de cerrar y que el cigarrillo que traía entre los dedos se los quemara. Aquello era demasiado. Aquello era el álbum Barbie y Ken del abuso del poder. Era la justificación de la idea de que el sistema le había pagado mordida al demonio.

El paquete contenía los papeles de Manuel Vázquez Montalbán, una foto enigmática, una hojita mecanografiada titulada "Los negocios del temblor", el folleto negro de la brigada blanca, algunos comunicados de la comandancia de Ejército Zapatista, el resumen de una conversación entre Marcos (¿?) y alguien llamado "garganta profunda" y una escueta nota del subcomandante que decía: "Reciba el saludo de todos nosotros y el mío personal. Hace unas semanas llegaron hasta nuestras manos unas notas del escritor Manuel Vázquez Montalbán, encontradas por su hijo entre sus papeles tras su muerte, que nos llamaban poderosamente la atención sobre un personaje al que él llama "Morales". Desconocemos cómo fue la investigación en

Barcelona que generó esas notas. No sabemos si eran notas para una futura novela o algo muchísimo más serio, o ambas cosas. Dado que parece un rompecabezas detectivesco, se me ocurrió que quizá usted estuviera interesado en ayudarnos a desentrañarlo. Sobra decir que el personaje, si existe, puede ser extremadamente peligroso. Si usted acepta colaborar en la investigación, el compañero Elías Contreras será su enlace permanente con nosotros. En caso contrario le rogaríamos la máxima discreción. Un abrazo desde las montañas del sureste mexicano, Subcomandante Insurgente Marcos."

De todos los posible escenarios había elegido su oficina y la mitad de la noche, quizá porque para extender ante sí todos los papeles necesitaba de los escritorios del Gallo Villarreal, de la mesa de trabajo del plomero Gómez Letras y de los sillones desvencijados de Carlos Vargas. Trató de ordenar el material y sumarle los datos por él conocidos; poner todo en orden y perspectiva. Perspectiva, esa dama a la que le había perdido la costumbre.

Hacia el final del 68 un ex guerrillero, de unos 25 años, traiciona a su gente, incluida su ex mujer y se vuelve ¿aliado, informante, agente? de los servicios secretos del gobierno mexicano (según el Muerto que Hablaba)

Este hombre comparte celda en la cárcel con Jesús María Alvarado y con Fuang Chu Martínez tratando de sacarles información (según el chino). Se hace llamar "Morales".

Pero no existen huellas de su paso por la cárcel, a lo más una foto en la que se ve a un joven de nariz afilada, muy flaco y con lentes de miope. De unos 25 años máximo.

Ese personaje asesina a Jesús María Alvarado cuando éste sale de la cárcel en 1971 (dice el chino)

En años posteriores estará (¿puede estar?) relacionado con la Brigada Blanca (según los papeles de Vázquez Montalbán) en la etapa de la guerra sucia. En el cuadernillo titulado "el folleto negro de la brigada blanca", un escrito anónimo, mecanografiado, de ocho paginitas, impreso en un arcaico mimeógrafo con una carátula azul pálido se registra un poderoso catálogo de horrores respecto a esta organización policiaco-militar nacida en el 74 siendo Luis Echeverría presidente de México. Una organización trans secretarial, entre el ejército y la Secretaría de Gobernación, dedicada a acabar como sea con las incipientes guerrillas urbanas. Y se valía todo, más allá de cualquier ley: secuestros, asesinatos, torturas. La dirige un tal Nazar Haro. Un brevísimo comentario en el folleto, que contaba varias operaciones de esta "Brigada Blanca" parecía dar cuenta de la presencia de Morales en ella, estaba subrayada con lápiz rojo una línea: "entre los torturadores se encontraban Morales, el agente Urteaga y una madrina de apellido Canseco", nada más

En los papeles de "garganta profunda", una nueva mención: cuando se torturaba en la Brigada Blanca, "el tal Morales era de los que tomaban nota (...) cuando Nazar cae de la gracia de sus jefes, el tal Morales se esfuma, pero con una copia sin editar de los archivos de la Dirección Federal de Seguridad, Los archivos verdaderos, no los que hicieron públicos".

Belascoarán escribió "1983" como la fecha probable del desvanecimiento de Morales. En su pasado la fecha estaba más o menos clara.



Luego existía un breve vacío y se podía meter después los datos de la hojita mecanografiada que parecía un fragmento de la transcripción de una grabación decía textualmente: “lo que me contó Gustavo Arce, que formaba parte de una de las brigadas que los estudiantes de antropología hicieron para pararlos a estos güeyes, porque después del temblor trataron, sobre todo en el centro, de aprovechar las grietas y los hundimientos, para derribar las casas y sacar a la gente a patadas para luego construir lo que les diera su chingada gana, y llegaban los granaderos con órdenes de desalojo dizque por seguridad de la misma gente, ¿no? Y ahí las brigadas de los estudiantes del INAH los pararon porque ponían sellos en los edificios que decían: edificio catalogado, ¿no? Como monumento histórico. No se puede derribar sin permiso del Instituto de Antropología. Y junto con los vecinos los paraban. Era de la chingada, unos cabrones especulando con la desgracia de la gente, y el que coordinaba la operación con la policía y con los dueños de los edificios, era un tal Morales, el señor Morales. Gustavo, que habló muchas veces con él, se gritoneó con él, dice que era un sapo, un pinche cínico, como de 50 años, que cojeaba un poco y traía unos anillos con piedrota roja en el meñique y en el anular de la mano izquierda. A mí luego me dio curiosidad ese Morales, porque no era parte del gobierno del DF. Y luego que se asentó todo, ya no lo vieron en el Centro Histórico. Yo pregunté por él y nadie me dio razón, pero mandaba en cuadrillas de la Secretaría de Obras Públicas del gobierno del DF, y en oficiales del cuerpo de granaderos como si fuera su meritito padre. Cuando yo quise escribir de esto, ya no andaba por ahí, aunque Laura, la de la Unión de Damnificados también me dijo del Morales éste, y se acordaba que tenía bigote y canas en las sienas. Poca cosa, ¿no? Bueno...”

Había pues que situar a Morales en septiembre de 1985 en la ciudad de México cuando el temblor de los 8.1 grados en la escala de Richter. Nomás que era un Morales de “como 50 años”, mientras que el Morales de Alvarado y la Brigada Blanca no tendría más de 35-38. ¿Era el mismo Morales avejentado? Quizá. Nadie era bueno para calcular edades. En esto de sacar la edad, como bien había demostrado María Félix, que cumplió 50 años tres veces, los mexicanos no eran muy hachas.

Y luego un salto mortal.

Un nuevo papel con una nota: Inicio del alzamiento zapatista en Chiapas. Enero del 94. Levantó el teléfono y marcó el número de Luis Hernández, un antropólogo y periodista que escribía sobre el zapatismo, tenía la única mochila en el mundo de la que salían cervezas frías y contestaba el teléfono a esa hora de la noche en el diario.

—Habla Belascoarán. ¿Te suena un Morales?

—A estas horas de la noche me suena todo y no me suena nada. ¿Relacionado a qué, mi buen?

—A los zapatistas, por ejemplo.

—Pues sí, está el Morales que los traicionó. Un cuate que creo que se llamaba Daniel. Hay un artículo en internet de Gilberto López y Rivas. Es el tipo que le dio a Tello toda la información sobre el zapatismo para el libro de Las Cañadas.

—Gracias, mano.

—¿Y en qué andas? ¿Algo de lo que se pueda escribir?

—Belascoarán hizo unos gruñidos en el teléfono que admitían múltiple interpretación.

—Ah, ta' bueno

Marcó de nuevo, esta vez a su internauta Cristina Adler. No corría el riesgo de despertarla. Solía trabajar en las noches como traductora de novelas policíacas.

—Oye, chaparrita, hay un artículo en quién sabe qué periódico en quién sabe qué año, de un tal López y Rivas sobre un tal Daniel. ¿Puedes decirme qué pedo con el Daniel ese? Sigo en la oficina.

—Menos mal que soy una tal genia. Te hablo al rato, Berlusconi.

Héctor aprovechó para salir al pasillo, llegar hasta el baño común del piso y mear largamente. Ni un refresco más, se dijo, pero lo primero que hizo al entrar al despacho fue saquear la caja



fuerte y abrir una cocacola que milagrosamente estaba fría. Justo cuando el primer timbrazo del teléfono llegaba.

—Pues sí, hay un Morales, Salvador Morales Garibay, alias *Daniel*. A eso se debe la confusión de los nombres. “Comandante Daniel”. Era uno de los dirigentes militares del EZ, pero poco antes de la insurrección, en octubre del 93 salió de la selva con el pretexto de que haría contacto con un cargamento de armas proveniente de Centroamérica y nunca más volvió. Reapareció en la puerta del Estado Mayor Presidencial, allí en Molino del Rey, ofreciéndose como informador al ejército mexicano. Les dio datos sobre la dirección del EZ, los sacó del limbo, según este artículo.

—¿Y por qué desertó?

—Parece ser que estaba a cargo de un campamento que descubrió el ejército y que la cagó y que casi precipita el alzamiento de los zapatistas, y lo regañaron o algo así. Y se piró y terminó de oreja “con grado de capitán segundo de administración en intendencia y con funciones

específicas en la fuerza de tarea de la sección segunda del Estado Mayor de la Defensa Nacional”, remató citando el artículo.

—¿Y dice cómo es? ¿Qué edad puede tener?

—No, en ese artículo no, pero en otro sí. Me anticipo a tus peticiones Bascorancín. Cito textualísima: “de una estatura de un metro 70, de 42 años (45 hoy día, váyase a saber de que día habla, debe ser de hace a lo más un par de años) cabello negro con calvicie pronunciada, ojos café oscuro, labios delgados, piel blanca y complexión delgada, fue bautizado como *El Dedo* por los militares de bajo rango; otros le decían *Chava*”

—¿Algo más, genia?

—Hay una entrevista con él de Maité Rico y de La Grange en *Letras libres*.

—Yo no leo *Letras libres*

—Pues te jodiste, porque yo tampoco, que servidora era la responsable de la célula Angela Davis de la JC en los años 80 y algo se le ha de haber quedado.

—Héctor volvió a los papeles de los zapatistas. Afuera los ruidos de la noche se habían suavizado, tan sólo el leve rumor del tránsito. Encendió un cigarrillo sólo para descubrir que tenía otros dos encendidos en el cenicero.

Entre 1994 y 2000, según las notas de Manolo Vázquez Montalbán, Morales tiene acceso a la valija diplomática de la embajada de México en Madrid. ¿Para qué la usa? ¿Con quién contacta? ¿Qué negocios está haciendo en España? ¿Para quién negocia?

Pero también está trabajando como delator para el ejército, y también tiene los archivos de la Dirección Federal de Seguridad y está conectado con el más grande fraude inquilinario de la historia de México después del temblor. Y tiene... Momento, se dijo Héctor, primero ordenar luego preguntar. Volvió a la secuencia cronológica y colocó un papelito que con letras mayúsculas decía Acteal.

11:20 horas del 22 de diciembre de 1997. Matanza de Acteal. Los papeles de Vázquez Montalbán vinculan a Morales con la matanza y se pregunta: “¿Cómo se relaciona con el general Renán Castillo?” Según un comunicado del EZLN: Un grupo paramilitar organizado por el PRI y financiado y armado por el ejército, había asesinado a 45 tzotziles que estaban rezando en una iglesia, un grupo perteneciente a una facción neutral, desvinculado del zapatismo. El comunicado era muy preciso: los paramilitares estaban “apoyados, entrenados y financiados por dependencias oficiales y elementos del Ejército Mexicano. Entre otros elementos castrenses intervinieron: el general de brigada retirado Julio César Santiago Díaz; Mariano Arias Pérez, soldado raso del 38 Batallón de Infantería; Pablo Hernández Pérez, ex militar que encabezó la masacre, y el sargento Mariano Pérez Ruiz”. En el informe no aparecía el nombre de Morales. ¿Había estado allí? ¿Era parte de la estrategia de formar grupos paramilitares?

Luego un salto hasta el 2002. En las notas de Vázquez Montalbán aparece una geografía urbana: Hotel Princesa Sofía, Plaza Pío XII, Centro Financiero (¿en el hotel?).

—De nuevo yo, chaparrita. ¿Qué se puede saber de un hotel llamado Princesa Sofía, en Barcelona?

—¿Y que sigue después? ¿La cotización de la bolsa? ¿El precio del camote en el mercado de mayoreo? Espérate, Belisquín, ni cuelgues...



—segundos tan solo, debería tener una máquina voladora, algún día Belascoarán entraría en el paraíso perdido de la red—. Lo tengo, ¡bingo! Trescientos noventa euros la noche, ciento treinta y cuatro con tarifa especial, con secador de pelo en la recámara, en avenida Diagonal, muy cerca del Museo de las Artes Decorativas, un hotelote, grandote, lujosote, en la plaza Pío XII...

—Se agradece—dijo Héctor.

¿Qué pasaba allá? Manolo *dixit*: Morales vivía solo en una suite del reina Sofía. Iba al centro financiero. Entraba a las 21 y salía a las 22. Entraba al Metro María Cristina a las 22:30 y salía a las 23:00. Y de ahí al hotel. Según las notas del mismo Manolo el maletín que llevaba al Metro María Cristina estaba repleto de billetes, de euros.

Nuevo telefonazo.

—¿Cuando entra a circular en España el euro, m'hija?

—Sin necesidad de máquina, caballero. ¿Qué estás haciendo? ¿Crucigramas para tarados? Enero de 2002.

Traía materiales en el portafolio (¿cómo lo sabía Manolo?) (¿Qué materiales? Sobre Montes Azules) ¿Qué chingaos era Montes Azules?

De nuevo la Adler fue sacada de su retiro.

—Nomás porque estoy traduciendo una novela de terror bastante malita y estas exploraciones tuyas me tienen muy divertida. Un hotel en Barcelona, un misterioso traidor llamado Daniel, la entrada en circulación del euro, una reserva ecológica. ¿Te estás volviendo ecologista Belasquito?

—No, sigo pensando que a los delfines hay que taqueárselos.

Diez minutos después sonaba el teléfono:

—Ahí te va, Belascucho, pero la verdad es que tus intereses se están volviendo muy variados, pareces un detective del Siglo de las Luces: 16 grados 4 minutos a 16 grados 57 minutos latitud norte y 90 grados 45 a 91 grados 30 longitud oeste, en Chiapas, al este del estado. Municipios de Ocosingo y Las Margaritas. Charros, en la madre, eso es zona zapatista... La llaman una Reserva de la Biosfera y tiene 331 mil 200 hectáreas. El 8 de diciembre de 1977 fue decretada Reserva de la Biosfera; el decreto no fue publicado hasta el 12 de enero de 1978 en el *Diario Oficial* de la Federación. Eso, y ahí te va una perla, mira como lo fundamentan, mi estimado Belus: "Por otra parte, dadas las bellezas naturales de la zona, la reserva presenta un notable potencial turístico incrementado por la presencia de restos arqueológicos en su interior y en sus cercanías". Se hicieron muchos "econegocios" al final de los años 90 en esa reserva. Que mariposas, que muestras de bacterias, que aves, yo que sé, no entiendo gran cosa del asunto. ¿Algo más, Belascas?

Héctor colgó mientras sumaba mentalmente: O sea que el gobierno federal activa el interés en una reserva ecológica durante el gobierno de Zedillo, en plena zona de conflicto, años después del alzamiento zapatista, en plena tensión militar. Una reserva ecológica, para cuidar a los zopilotes y que los nativos no se fueran a mear en las aguas, y que los turistas no dejaran botes de coca-cola encima de una pirámide maya.

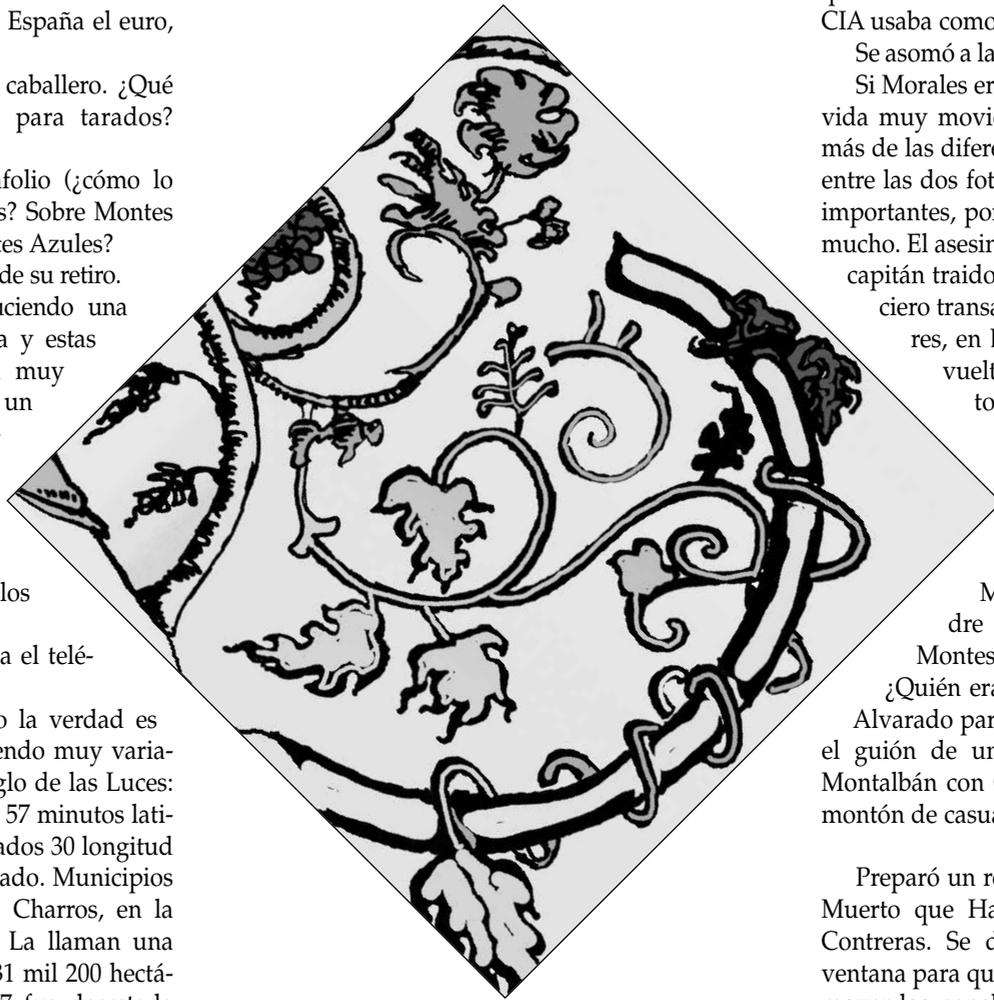
Alguien había estado fumando mota de mala calidad entre los federales.

Había una foto en los expedientes que le enviaron los zapatistas, a lápiz, en la parte de atrás

una referencia críptica: "Morales, presidente, Legazpi, Ramos de Miguel, Hotel Reina Sofía, Barcelona, 2002". El que es indicado como Morales parece un hombre de poco más de 50 años, calvicie prematura, mirada fuerte, con bigote; el que es identificado como "presidente" está de espaldas. ¿Presidente o ex presidente? Ernesto Zedillo. ¿Estaba en España? Héctor no reconoció a los otros dos personajes en la foto.

¿Qué seguía?

13 octubre 2004. Entre los papeles que envían los zapatistas estaba un comunicado de Marcos sobre las comunidades de Montes Azules: "Debido al hostigamiento de grupos paramilitares y a la intolerancia alentada en algunas comu-



nidades por el Partido Revolucionario Institucional, decenas de familias indígenas zapatistas se vieron obligadas, hace tiempo, a desplazarse y formar pequeños núcleos de población en la llamada 'biosfera de los Montes Azules'. Durante el tiempo en el que han estado en esta terrible situación, lejos de sus tierras originales, los zapatistas desplazados se han esforzado por cumplir nuestras leyes que mandatan el cuidado de los bosques. No obstante, el gobierno federal, de la mano de las trasnacionales que pretenden apoderarse de las riquezas de la selva lacandona, han amenazado, una y otra vez, con desalojar violentamente a todos los poblados de esa zona, incluyendo a los zapatistas. Los compañeros y compañeras de diversas comunidades amenazadas de desalojo decidieron resistir mientras el gobierno no cumpla con los llamados 'acuerdos de San Andrés'. Su decisión es respetada y apoyada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. En su momento lo señalamos y ahora lo ratificamos: si alguna de nuestras comunidades es desalojada con violencia, responderemos, todos, en el mismo tenor.

"Zedillo, Carabias y Tello. Morales" dicen las notas de Manolo. Hay una referencia a una cena. Ok. Montes Azules, el ex presidente, la ex secretaria de Ecología, el escritor del libro sobre los zapatistas por encargo del propio Zedillo y con la colaboración del capitán Morales. ¿Un negocio? ¿Un gran negocio? ¿Un econegocio?

Y eso lo llevaba al fin del 2004. A este personaje que según una adivinanza enviada por el Muerto que Habla: "Tiene pluma" (¿escribe?), es más rápido que "Speedy González", "Vuelve después de muerto", "Mata y muere". Hoy.

Y hoy también las relaciones con El Yunque. Esa sociedad secreta de ultraderecha que está enquistada dentro del gobierno de Vicente Fox. Y hoy también, según los llamados de El Muerto que Habla, Morales había secuestrado a un taquero de Ciudad Juárez llamado Juancho, que la CIA usaba como doble de Osama Bin Laden.

Se asomó a la ventana para que le diera el aire.

Si Morales era esos Morales, había tenido una vida muy movida, pero algo no le cuadraba, a más de las diferencias de edad y contradicciones entre las dos fotos, que al fin y al cabo no eran importantes, porque en 30 años la gente cambia mucho. El asesino espía vuelto torturador, vuelto capitán traidor por segunda vez, vuelto financiero transa, vuelto operador de paramilitares, en Barcelona haciendo bisnes raros, vuelto resuperfinanciero transa, vuelto enlace con la ultraderecha, vuelto secuestrador de un taquero.

¿Habría tres Morales?

¿Uno mutante, cambiante?

¿Cinco? ¿Cincuenta? ¿Eran

una familia? ¿Un trío? Los

Morales, no esos eran otros. ¿Pa-

dre e hijo? ¿Cuál era el negocio de

Montes Azules? ¿Y se había cerrado?

¿Quién era el que había tomado la voz de

Alvarado para revivir esta historia? ¿Era todo

el guión de una novela de Manuel Vázquez

Montalbán con Carvalho en México? ¿Eso y un

montón de casualidades?

Preparó un resumen de las grabaciones de El Muerto que Habla con una nota previa para Contreras. Se descubrió bostezando. Cerró la ventana para que el aire de la noche no le fuera a mover los papelititos que cubrían todo el cuarto. De repente se acordó de algo fundamental.

—Cristina, necesito que averigües dónde venden Chaparritas El naranjo, de uva.

—¿En serio? No mames, son las tres de la madrugada. Sí, claro, es en serio. Estás como perro astronauta, Belascurreis... Te llamo.

—Unos minutos más tarde sonaba el teléfono.

—Parece que en el DF ya no hay porque la página web de la compañía que la producía, una tal Alimentaria de refrescos, ya no se abre... Pero en Guadalajara sí hay, y en Tuxtla Gutiérrez las vendían a domicilio. "A la puerta de tu casa un paquete con 24 piezas de mandarina, piña y uva, a 65 pesos. Pero se me hace que eso era en el pasado, porque tampoco pude entrar en esa oferta para comprarte una... Dicen que se fusionó con la coca-cola. Y un señor que tiene una página que llama piropos nacos incluye uno que dice: "Señor Naranjo, qué buenas están sus chaparritas" al lado de otro que dice: "Mamacita, dichoso el clavo que ponche esas llantitas..." ¿Le sigo?

—No, ahí muere.

Desde la ciudad de México.

Paco Ignacio Taibo II.

México, enero de 2005